

**SECCIÓN
BIBLIOGRÁFICA/
REVIEWS**

PARENTE, D.: *Del órgano al artefacto. Acerca de la dimensión biocultural de la técnica*, La Plata, Edulp, 2010. 263 pp.

Las cuestiones concernientes al significado de “técnica” han tenido, a lo largo de la historia y más tematizada en este último siglo, diferentes sentidos. Podría decirse que, contemporáneamente, las cuestiones de la técnica se han complejizado cada vez más. Las causas de ello son varias. En primer lugar desde una concepción filosófica- antropológica, se trata de *compensar* ciertos desequilibrios que ha generado la técnica entendida según el contexto. Esta definición que ha sido trabajada por la teoría sustancialista, considera que son los aspectos culturales y políticos los que han degenerado los problemas y avances actuales de la técnica. Pero fundamentalmente las cuestiones e interrogatorios de un “porqué” el hombre necesita de ciertos instrumentos para sobrevivir. En éste sentido, la llamada “teoría sustancialista” de la técnica, intenta superar la dicotomía *artificial/natural* desde una concepción política que implica incluir las discusiones ciudadanas y democráticas en torno a los desarrollos tecnológicos.

Por otra parte, la teoría instrumentalista refiere al tratamiento del objeto técnico como exterior u objetivado, en donde se buscan

compensaciones de tipo biologicistas, tal como el concepto tan trabajado a lo largo del libro, que es el de *prótesis*. Aquí deberíamos detenernos ya que el trabajo de Parente propone, desde el nivel II de instrumentalización compensar las cuestiones protésicas con las ético-políticas y que esto último se entienda como un horizonte de sentido que conforma lo primero. Los niveles de instrumentalidad comprenden en primer lugar, o “nivel 0”, la capacidad en todos los seres vivos de supervivencia. Esto significa, crear medios u objetos cuyo fin sea la de sobrevivir. El “nivel I” tiene como característica general la capacidad humana para resolver problemas por medio de la fabricación de útiles que, mediante el uso, definen su función. El “nivel II”, en el cual Parente se detiene, implica pensar a los objetos técnicos de forma estratégica, es decir, un objeto “diseñado como práctica colectiva enmarcada en una cultura” (2010: 201). La razón, o una de las razones por medio de la cual el autor detalla el nivel de instrumentalidad II es la necesidad de pensar a la tecnología en términos culturales. Ello se debe a que tanto la concepción *protésica* como la de *compensación*, han considerado las condiciones de posibilidad biológicas para la aparición de la técnica y por ende, han deslegitimado el aspecto social de tal surgimiento.

Otra de las razones es la de cómo se han entendido en el contexto biologicista, los *artefactos*. Pues se han comprendido como objetos manipulables justamente por haberse entendido como objetos que nada tienen que ver con el hombre y que en consecuencia, tienen su propia dinámica independientemente de quien intervenga. Esto, y Parente lo menciona continuamente en su texto, no implica desdeñar o abolir el significado biológico técnico de los artefactos, sino más bien complementarlo con la dimensión ético-política como así reconocer el rol activo de los agentes que producen y usan los artefactos por ellos creados. Pero no sólo es el significado práctico de la técnica lo que da lugar a críticas acerca de lo que se entiende por ella, sino que la redefinición semántica del concepto “técnica” es otra de las consideraciones sujeta a crítica en el ámbito de la filosofía de la técnica. Ello se debe no a estar al margen de todo avance tecnológico por ser “dañino”, sino entender éste avance desde su valor cultural y simbólico.

El presente estudio y siguiendo con la dimensión cultural que el trabajo de Parente propone, tiene como instrumento reconciliar tanto el significado semántico de la técnica como se sus dimensiones éticas, estéticas y políticas. Entender que la técnica o su definición es producto históricamente de desequilibrios

y equilibrios semánticos y prácticos, justifica un exhaustivo análisis acerca de lo que se entiende por ejemplo por “sistemas técnicos” o “tecnología”. Estos conceptos son de hecho, producto de entender semánticamente a la técnica como tal. Desde el punto de vista práctico, el surgimiento de las instituciones legales han contribuido a las consideraciones también semánticas de la técnica. Un ejemplo de ello es que lo tecnológico se asocia con la agresividad o violencia que incluso, ha llevado a catástrofes como guerras y descontroles sociales. El acento en este sentido, se pone en el artefacto usado y creado para “destruir” pero no en el agente, sistema de agentes o intenciones morales y políticas que intervienen en la creación de objetos técnicos. Así pues, desde el contexto actual de cómo se entiende la técnica, es necesario romper los esquemas o prejuicios acerca de los usos de objetos técnicos y volver a moldear una concepción crítica acerca de cómo se comprende y bajo qué términos y circunstancias políticas, a la técnica.

El libro recorre toda esta concepción. Esta divido en cuatro capítulos; el primero de ellos, narra la concepción protésica de la técnica como efecto compensador de la naturaleza. El segundo, trabaja las cuestiones de la técnica desde la teoría instrumentalista poniendo de relieve la figura del instrumento

comprendiéndolo como un esquema de “problema/solución”. El tercero trabaja las ideas de la teoría sustancialista de la técnica, especialmente desde las concepciones de Heidegger y Winner, para finalmente compensar estos dos modelos que Parente propone unir. Pues no quedarse solamente en la categoría instrumentalista de la técnica sino complementarla con la sustancialista. En éste sentido la propuesta de Parente es que sólo desde la “instrumentalidad del nivel II” es posible redefinir el concepto de técnica y así integrar tanto los aspectos biológicos y culturales. Desde éste punto de vista, la concepción instrumentalista se ha visto superada por los planteos resolutivos que pretendía desde el punto de vista de la técnica. De hecho, el libro muestra que toda concepción biologicista necesitó recurrir a la esfera de lo cultural para redefinirse.

Los aportes del trabajo de Parente presentan pues, varios aspectos importantes. En primer lugar, la intervención de los aspectos éticos y políticos en el concepto de lo técnico como modelo protésico de compensación. En segundo lugar, la dimensión cultural con la que trabaja el concepto de “técnica” entendiéndola como la indagación acerca de cómo es posible “abrir mundos” en la pregunta “*para qué*” hablar en términos de problema/ solución. Y en tercer lugar, la convergencia que

establece entre el objeto técnico y el ámbito interpretable del mismo, es decir, cómo se entiende lo que se define por “técnica” y bajo qué contexto se modela su significado. Estos aportes permiten entender, desde el lúcido trabajo del autor, cómo es posible manejarnos en un mundo en donde la técnica siempre tiende a una supuesta “resolución” social. Es decir, la técnica y los objetos o producciones técnicas, se inclinan más a resolver que a destruir, a compensar que a desequilibrar. Sin embargo, y tal como Parente lo trabaja en su texto, no debería entenderse a la técnica, ni a los artefactos técnicos en éste sentido, sino que debería comprenderse como efecto de una serie de desequilibrios provenientes de otros significados históricos que se han legitimado como tal.

El libro pues, presenta estas dificultades, soluciones semánticas y prácticas del concepto “técnica” proponiendo una novedosa forma de pensarla desde una esfera *biocultural*. En éste sentido Parente es un especializado en el tema y como producto de su trabajo de tesis doctoral, ha concluido este profundo análisis que merece ser estudiado y trabajado críticamente. Así, resulta necesario pensar desde una perspectiva filosófica a la técnica y no incentivando o no su desarrollo, sino pensándola para nuestras sociedades actuales y futuras desde su

fundamento. En este sentido, es necesario leer uno de los pocos trabajos que en Argentina se ha realizado en lo que concierne a la “filosofía de la técnica” y que es el trabajo de Diego Parente. Una disciplina recientemente trabajada y disciplinada en el ámbito de la filosofía, ayudaría claramente a pensar a la técnica no desde un punto de vista canónico, sino desde todas sus variables, posibilidades y problemas.

CATALINA NORA BARRIO
Universidad Nacional de
Mar del Plata, Argentina

GONZÁLEZ R.-ARNÁIZ, G.:
Ciberhumanismus. Una ética para el habitante de la sociedad tecnológica, CICTES-DOSS, Madrid-Sevilla, 2010. 260 pp.

En contra del apresurado final de las humanidades, quedan cuestiones especialmente relevantes y urgentes que contestar también en este siglo. Y desde luego el tenso conflicto entre lo, así llamado de forma genérica como “humanismo” y la igualmente generalizada “tecnología”, está muy lejos de haberse resuelto. Por ello *Ciberhumanismus* es un libro que no se conforma sólo con un recorrido histórico más o menos erudito sobre algunas cuestiones filosóficas, sino que pone encima de la mesa un problema que, dicho

orteguianamente, se enfrenta al “tema de nuestro tiempo”. Lo *ciber* o *cyber* es así la quintaesencia del cambio tecnológico, algo que todo el mundo entiende vagamente cuál sea su significado pero que está lejos de comprender realmente en sus últimas consecuencias. Lo ciber abre así todo un territorio nuevo donde la vida cotidiana se transforma; donde tanto lo político (Winner) como lo ético (González Arnáiz) han de ser cuidadosamente reformulados para evitar sorpresas desagradables. Tal como indica la propia tradición filosófica el humanismus (sin el cyber) es también, y en muchos sentidos, la tarea perdida de la filosofía en los dos últimos siglos, o así lo afirmaba radicalmente Heidegger (*Carta al humanismo*) y continúa sosteniendo, de forma confusa, algunos de sus epígonos como Peter Sloterdijk (*Normas para el parque humano*). En medio nacen tendencias celebratorias de este fin del hombre y sinsentido del humanismo que apuestan por una mejora radical de lo humano a través de la tecnología. Periclitado el humanismo parece que solo queda sitio para el *transhumanismo* y el *posthumanismo*. La cuestión que trata este libro es así de plena actualidad. Tal como aparece indicado en el prólogo, el objetivo reside en ver en qué términos podemos hablar de nuevo de lo humano en una sociedad tecnológica. Y

para ello Arnaiz reconstruye una descripción de la sociedad y sus relaciones con la ciencia y la tecnología desde el punto de vista histórico para continuar con el análisis de una sociedad que ya se define esencial y radicalmente como tecnológica. Las dos últimas partes, tanto el capítulo cuarto como el apéndice, proponen la posibilidad de reconstruir un ciberhumanismo como forma de identificar las pautas para guiarse en este mundo globalizado y virtualizado. Insistimos, el tema del libro es de extrema importancia y reclama un lugar central en la discusión filosófica actual. Desvela también los déficits que provienen tanto de la perspectiva humanista como de la tecnológica. Y concluye con la reconstrucción moral de ambos dos. El planteamiento de Arnaiz se alinea así con una crítica, en sentido de análisis, de la tecnología a la que se puede alinear con otros autores. Sin caer en una fácil tecnofobia también evita los cantos de sirena propios de transhumanistas radicales y tecnófilos. Hace cierta la frase de Wittgenstein “el mundo tal como me lo encontré” y por ello intenta orientar el discurso hacia una alternativa real.

En el libro se aprecian ciertos posicionamientos realmente importantes. En la discusión sobre la “cibercultura” se nota que el peso del análisis recae antes en lo humanísti-

co que en lo tecnológico. Esto es complemente correcto aunque olvidado con frecuencia: la tecnología no tiene un carácter reflexivo capaz de dar cuenta de las propiedades éticas y morales de sus constructos. De hecho cuando los tecnólogos quieren reflexionar sobre sus propias obras tienen que cruzar una línea que los convierte en proto o cripto filósofos. Un caso claro es el de Richard Stallman, quien en su cruzada por el software libre ha de acudir a términos éticos y políticos que no se encuentran en ninguno de los enunciados tecnológicos. Hablar de libertad, de abierto (open) refiere antes a una cualidad moral y ética que a un software determinado. No es casual que se ligue la idea de lo “open” a la sociedad abierta popperiana o que el bien como idea regulativa kantiana sea una magnífica herramienta para explicar la importancia de los nuevos comunales electrónicos. Siguiendo a Carl Mitcham, Arnaiz acepta que los dos modos de pensamiento -tecnocientífico y humanístico- no son simétricos. El humanístico tiene una capacidad de autorreflexión que no tiene el tecnocientífico. También el análisis de lo posthumano tiene ligazón con quizás uno de los libros más inteligentes sobre cibercultura, el de Kathleen Hayles, *How We Became Post-Humans*, en donde se trata de explicar lo posthumano alejado de las teorías extravagantes

de Hans Moravec o Marvin Minsky. La cibercultura es una parte, no hay que olvidarlo, de algo mayor que de forma quizás un tanto difusa pero no por ello menos cierta, se puede llamar cultura humana. Olvidar este hecho lleva a los excesos de la vida virtual, de una pseudo religiosidad que en otra parte hemos calificado como tecnohermética.

Este desequilibrio señala sin duda un problema. Aunque algunos científicos y tecnólogos han intentado suplir el déficit de reflexiones éticas, políticas y religiosas sobre el hecho tecnológico, por lo general el resultado ha sido más bien pobre y muy poco satisfactorio por no decir que en ocasiones se ha rozado el ridículo. Por ejemplo, la idea de Tipler de la inmortalidad del alma como modelo computacional del universo entraría en esta última clasificación. Despojados de una tradición de pensamiento que durante más de 3000 años ha conformado nuestra cultura es difícil no caer en errores básicos. No entender correctamente la razón instrumental, tal como señala Arnaiz, nos conduce a ideas y reflexiones muy difíciles de aceptar. Y si lo dicho es cierto entonces sí existe una tarea por realizar, una necesidad de dotar de sentido, más allá de la pura practicidad, que los “humanistas” no deberían abandonar.

En la tradición humanística este abandono ha sido tomado en parte

por las ciencias sociales, tales como la sociología de la ciencia, el programa fuerte y otras escuelas cuyo sentido, nos dicen, consiste en describir antes que prescribir cómo se desarrolla el proceso tecnocientífico. Cualquier normatividad parece molestar profundamente a los académicos de este campo. Hablar de ética está prohibido. Esta elección no se encuentra exenta de peligros y de insatisfacciones. En primer lugar se establece una cesura insalvable entre activismo y academia, un problema que los estudios CTS han arrastrado en las últimas décadas. El activismo o la militancia se presenta así como una actitud quijotesca porque al fin y a la postre no tiene un respaldo teórico fuerte. Pero por otra parte crece la insatisfacción ante el resultado académico que parece convertirse en un producto de “consumo propio” con apenas incidencia en la sociedad. Los problemas tecnológicos crecen por doquier en este siglo, desde los vertidos en el Golfo de México a la catástrofe nuclear de Fukushima y nadie parece dispuesto a aceptar un determinismo tecnológico, una impotencia ante el control del cambio tecnosocial. Por ello uno de los padres de los microanálisis de la tecnociencia Wiebe Bijkers afirmaba no hace tanto la necesidad de dar una respuesta ética y política a los análisis de su escuela. Esta necesidad tiene un principio básico que es

el que Arnaiz indica, la necesidad de reconstruir un humanismo, un ciberhumanismo, que permita dar apoyo teórico a las decisiones y oriente en la acción. Luchando contra esa determinación naturalizada del mercado y de la tecnociencia, este libro permite abrir una puerta hacia una perspectiva diferente, hacia una reformulación de lo humano en unos tiempos de incertidumbre como los que nos toca vivir.

ANDONI ALONSO PUELLES
Universidad Complutense
de Madrid

PICKERING, A. *The Cybernetic Brain: Sketches of Another Future*. Chicago University Press, Chicago, 2010. 526 pp.

Hay diversas historias de la cibernética, acaso tantas como analistas o representantes de la misma. La monumental obra de Andrew Pickering *The Cybernetic Brain: Sketches of Another Future* es un ejemplo de ello. Autor reconocido en el área de los Estudios de Ciencia y Tecnología por obras como *Constructing Quarks* o la clásica *The Mangle of Practice*, en la obra que nos ocupa Pickering elabora una original revisión historiográfica de la cibernética, centrada en la

trayectoria de la misma en Inglaterra y emancipada de la destacada figura de Norbert Wiener. Desde un punto de vista filosófico, la originalidad de su imagen de la cibernética se pone particularmente de relieve al compararla con la propuesta por Martin Heidegger hace cuatro décadas, en textos como *El final de la filosofía y la tarea del pensar* o en su entrevista a *Der Spiegel*. Para el pensador alemán, la cibernética se era, principalmente, “la teoría para dirigir la posible planificación y organización del trabajo humano”. “Teoría”, a su vez, no era en este caso más que otro modo de referirse al “carácter operacional y modélico del pensar representante-calculador” (Heidegger, 1966, p. 80).

Heidegger percibió la cibernética como conspicua expresión del presente, como síntoma de la elevación de lo técnico al estatus de modelo del pensar y operar —o del pensar en tanto que operar— en nuestro tiempo. A sus ojos, la cibernética estaba llamada a ser la nueva “ciencia fundamental” y a ocupar el lugar tradicionalmente reservado a la filosofía. El tiempo de esta última, de la filosofía en tanto ciencia primera, en tanto que metafísica, se habría consumido al consumarse la reflexión teórica como acción cibernética, o, dicho de otro modo, al revelarse el deseo

de saber como una tecnológica voluntad de poder. Como coda a este diagnóstico Heidegger también sugirió que, justo a un pequeño paso —o a un gran salto— de la hegemonía del calcular técnico, se encontraría otro pensar, un pensar que interpela a la tecnología de un modo libre y liberador. Para el pensador de la Selva Negra, en esa interpelación reside la posible salvación del ser (humano) frente a la amenaza de su tecnificación, pero sólo un *deus ex machina* podría garantizarla y dar el último paso en y por nosotros, profanos habitantes de la civilización técnica.

Esta referencia a Heidegger puede servir para introducir la sugerente revisión que Pickering hace de la historia de la “ciencia del control”. Acaso la primera diferencia con el alemán sea la relativa a los pronósticos de este último, que vaticinaban la ascensión de la cibernética al rango de nueva ciencia fundamental. Lejos de presentarla como ciencia “real” y sedentaria, Pickering subraya su carácter virtual, la inestabilidad de sus bases sociales y el carácter fluctuante y abierto de su práctica e ideario, características todas ellas más cercanas, a su juicio, al tipo de ciencia “nómada” delineado por Gilles Deleuze. Yendo un paso más allá —en un giro no carente de ironía— el autor hace uso de la que interpreta como contraposición

heideggeriana entre im-posición o em-plazamiento (*Ge-stell*) de los entes y el revelar (*alétheia*) que descubre su ser. Pickering utiliza esta contraposición entre imponer y revelar para revertir el diagnóstico heideggeriano. Según el británico, los proyectos y actitudes más propiamente cibernéticos se definen por enraizarse en ese “revelar” del que hablara en su día el alemán. La cibernética, para Heidegger heredera de una filosofía progresivamente alejada del pensar, es el espacio en el que Pickering encuentra la posibilidad de ese otro pensar y actuar anunciado por el alemán. Un pensar y, sobre todo, un actuar definido, según el autor, por estar “abierto a aquello que el mundo puede ofrecernos”¹, por su carácter exploratorio, su reconocimiento de la complejidad de lo real y su respeto por los seres que la encarnan, por asumir y sumergirse en el flujo de la práctica, en el devenir del ser, en lugar de tratar de fijarlo y apropiárselo a través de la representación y la imposición tecnocientífica.

¹ En palabras del propio Pickering (2010, p. 32): “open-ended search—of systems that would explore their world to see what it had to offer, good and bad. This, to borrow another word from Heidegger, is a stance of *revealing* rather than *enframing*—of openness to possibility, rather than a closed determination to achieve some preconceived object, come what may.”

Como puede apreciarse, lo que Pickering propone es algo más que una historia de la cibernética a secas. En primer lugar, por su marcado acento británico. Obviando a la figura de Wiener, el autor se centra en las historias de cuatro destacados cibernetas: Grey Walter, Ross Ashby, Stafford Beer y Gordon Pask, todos ellos británicos. A lo largo de sus más de quinientas páginas, también dedica extensos apartados a analizar algunas claves cibernéticas del trabajo de reconocidos psiquiatras de los 60 y 70 como Frederic Bateson y Ronald David Laing, de músicos como Brian Eno, de teóricos de la complejidad como Stuart Kauffman y Stephen Wolfram, o de artistas como Eduardo Kac. En este recorrido, que va desde los trabajos de Walter en los años cuarenta a los del Santa Fe Institute ya en el siglo XXI, Pickering enlaza diversas manifestaciones de la cibernética a lo largo de las últimas siete décadas. Con todo, aunque el motivo principal del libro es la cibernética, su motivo último es presentar los bosquejos de un futuro diferente: se trata de construir el pasado de un porvenir más abierto y complejo. La ingente cantidad de referencias, imágenes, casos y argumentos presentados en los varios centenares de páginas que ocupa esta obra hacen de la misma uno de esos sistemas complejos

estudiados por la cibernética. En un enfoque ya utilizado por Pickering (1992) en obras anteriores, las prácticas y proyectos concretos se supraordinan a los eventos histórico-biográficos y, sobre todo, a las ideas y teorías. Tratar de resumir o enumerar los argumentos de esta obra sería, pues, una estrategia de imposición, no sólo poco respetuosa sino, como Pickering se encarga de señalar, infructuosa. En lugar de eso, cabe recurrir a varios ejemplos concretos o “teatros ontológicos”, como Pickering los califica, y aprovechar su doble condición de “ayudas a nuestra imaginación ontológica, y muestras del tipo de proyectos que pudieran ir aparejados a una imaginación no-moderna del mundo” (Pickering, 2010, p. 22). Flicker es uno de los ejemplos referidos por Pickering y preferidos por Grey Walter, pionero de la cibernética en los años 40, así como por beatniks como William Burroughs y muchos de sus herederos contraculturales en los 60 y 70. Mediante artefactos capaces de generar haces de luz parpadeante (*flickering*), a veces tan simples como una lámpara rodeada por una mampara rotatoria horadada, pueden inducirse reacciones psicofísicas muy particulares en el espectador. Estas reacciones, estudiadas durante la década de los 40 y 50 por Walter mediante la

electroencefalografía, mostraron aspectos y capacidades del cerebro previamente desconocidos. Unidos en ocasiones a un sistema de retroalimentación (encarnación del idiosincrásico principio cibernético del *feedback*), los sistemas de flicker estimulaban visualmente el cerebro, cuyas reacciones eran registradas y enviadas de nuevo al sistema de iluminación, generando un círculo recursivo de adaptación mutua. Este circuito permitía una exploración abierta, involuntaria y multidireccional de las posibilidades del cerebro, la consciencia y el dispositivo tecnológico mismo. Pickering considera esto un ejemplo de tecnología del yo no-moderno, distinguible de aquellas que, según Foucault, permitieron la emergencia del sujeto autónomo protagonista del periodo moderno. Pickering celebra este “simétrico espectáculo ontológico, vivaz en ambos polos—una danza entre lo humano y lo no humano. Lo que actuaba en estos experimentos era genuinamente un cyborg, una combinación vital y descentrada de humano y máquina.” (Pickering, 2010, p. 78). Las técnicas de yoga y meditación o el “musicolor” diseñado por Gordon Pask, son otros ejemplos analizados. En todos ellos se enfatizan las múltiples conexiones entre aspectos sensoriales, fisiológicos, psicológicos, intelectuales, religiosos o científicos, un énfasis

opuesto a los procesos —característicos de la modernidad— de diferenciación entre realidades y entre saberes.

Un segundo caso ilustrativo de las posibilidades del espíritu cibernético tiene que ver con otro espacio estudiado por Foucault, el de la clínica y la práctica psiquiátrica. Durante los 60, terapeutas como Ronald David Laing establecieron comunidades en Londres “no como un lugar en el que los mentalmente enfermos podrían ser devueltos a una cierta definición de normalidad dada, sino como un lugar donde todos los residentes podían explorar abiertamente sus propias posibilidades en un proceso interactivo y emergente sin un punto final predefinido” (Pickering, 2010, p. 200). En palabras del propio Laing, “psiquiátricamente, esto parecería como si expacientes estuvieran ayudando a futuros pacientes a volverse locos” (Laing, 1967, p. 127-8). Para el autor de *The Politics of Experience*, sería la propia modernidad, como limitación injustificada de las posibilidades de lo humano, la que debería considerarse patológica. La jerarquía vertical típica de las instituciones mentales, en la que los psiquiatras dirigen un personal subordinado que, a su vez, rige el comportamiento de los pacientes, era substituida en estas comunidades por un juego de interacciones y búsqueda de

equilibrios en el que todos los habitantes mantenían relaciones de igualdad y adaptación mutua. La permanencia en estas instituciones era voluntaria y, como Pickering reconoce, no fueron pocas las voluntades que acabaron por ceder ante el peso de la convivencia. Con todo, este fue un ejemplo de experimentación “colectiva de la identidad no moderna.” En el libro se analizan otros muchos experimentos de este tipo, en el ámbito institucional y grupal, proyectos cibernéticos tales como la anti-universidad en la esfera educativa, el Palacio de la Diversión (*Fun Palace*) en la esfera de la arquitectura y el urbanismo, las reuniones de “sintegración” (*syntegration*) en la esfera de la colaboración intelectual y laboral, o los modelos de sistemas viables (*viable systems models*) en la esfera de la empresa.

Con motivo del proyecto del Palacio de la Diversión, Gordon Pask –uno de los cuatro principales cibernetas estudiados en el libro– se unió a personajes destacados en la escena cultural británica de los sesenta y setenta para hacer del conjunto arquitectónico proyectado-finalmente no construido-un espacio reconfigurable y reconfigurador. Este parque estaría conformado por paredes, techos, equipos eléctricos, etc. preparados para ser movidos y combinados de

acuerdo a las actividades promovidas por los usuarios, generando un espacio cuyo objetivo era fomentar la exploración continua de eso que denominamos “diversión”.

En el caso de las reuniones de sintegración, dirigidas por Stafford Beer desde la década de los 70, los participantes organizaban sus interacciones siguiendo la estructura ideal de un icosaedro: treinta participantes ocupaban los treinta lados de la mencionada figura y cada uno se encargaba de dos “declaraciones de importancia” (*statements of importance*) con respecto a un determinado tema, formuladas por los participantes en reuniones previas. Estas declaraciones ocupaban los doce vértices del icosaedro, en cada uno de los cuales convergían cinco lados, es decir, cinco participantes. Cada participante debatía en torno a dos asuntos, lo que permitía que la información fluyese a través del icosaedro, generando una suerte de mente del “info-conjunto” (*info-set*). Así, Pickering apunta que “los asuntos, las declaraciones, los objetivos eran todos revisables en la discusión conforme reverberaban por el icosaedro” (Pickering, 2010, p. 282). El autor también recuerda que, si bien es cierto que la libertad individual se veía constreñida por la estructura -cada participante sólo podía contribuir a los debates sobre

dos declaraciones de importancia-su posición podía variar entre una “sintegración” y la siguiente. De modo más amplio, Beer recordaba que ciertas limitaciones, de un tipo u otro, son inherentes a toda organización grupal. Más allá de estas dudas de corte político, Beer se mostró fascinado al descubrir la equivalencia entre la forma tridimensional del icosaedro desintegración y la forma bidimensional del enneagrama, con motivo de lo cual no dudó en avanzar lecturas de carácter espiritual. En este punto, la convergencia entre lo exotérico y lo esotérico, entre la geometría, la política, la meditación espiritual, la generación de una conciencia o mente de grupo, etc. se muestran como diferentes aspectos de un espacio que queda fuera de las coordenadas modernas, un espacio que los proyectos cibernéticos trataron al mismo tiempo de explorar y cultivar.

En el ámbito del Estado, el proyecto más ambicioso descrito en el libro es el de Cybersin en el Chile de Salvador Allende. Pickering analiza brevemente la historia de esta aproximación cibernética al sistema de producción del país suramericano, y reconoce los no pocos riesgos asociados. En última instancia, en autores como Stafford Beer, director del mencionado proyecto, encontramos el deseo de articular, desde una perspectiva

cibernética, esferas cada vez más amplias de lo real, desde la práctica individual de la meditación, pasando por la economía estatal, hasta alcanzar—en teoría—la biosfera y, ya entrando en el terreno de lo espiritual, el cosmos mismo. Ciertamente, esta actitud sólo puede caracterizarse como metafísica, pero de un tipo quizá no reducible al modelo onto-teo-lógico trazado por Heidegger.

Pickering reconoce algunas de las dificultades de estos teatros ontológicos, como es la carencia de bases sociales firmes: Kingsley Hall, las comunidades Archway, la anti-universidad, Cybersin, etc. Padecieron diversos problemas endógenos y, más aún, otros surgidos de sus fricciones con un status quo heredero de la modernidad. Sin embargo, los eventuales problemas de algunos de estos proyectos para mantenerse o reproducirse socialmente no resultan una fuente de objeciones tan decisiva como la cuestión del control. Los planes para construir modelos de sistemas viables, el Palacio de la Diversión, Cybersin, etc. incluían múltiples puntos de recolección de información y toma de decisión, lo que implica la posible generación de cúmulos de poder. Pickering rebate con desigual fortuna los argumentos de lo que denomina “la crítica política de la cibernética” (Pickering, 2010, p. 261). Una de

sus estrategias habituales consiste, por decirlo recurriendo a la dupla atribuida a Heidegger, en depurar la cibernética de aquello que es imposición y salvar lo que puede distinguirse como revelación, aquello que Pickering identifica con la adaptación abierta, el respeto a la complejidad y el devenir. De este modo, se clasifican ciertos elementos de la cibernética como “no cibernéticos”, algo que no hace justicia a un principio de la misma: el reconocimiento de la complejidad. La oscilación entre control y revelación es parte esencial de la cibernética en su devenir histórico, por lo que categorizar los aspectos “no-reveladores” como “no-cibernéticos” resulta poco revelador y poco cibernético.

En *The Cybernetic Brain*, Pickering ha ido un paso más allá de la clásica *The Mangle of Practice*. El británico ha tratado de mostrar cómo una historiografía performativa, que coloca en primer plano la práctica y la acción en lugar de la idea y la representación, puede no sólo romper con la tradicional imagen de la ciencia (y con la ciencia en tanto que imagen, por decirlo parafraseando una conocida fórmula heideggeriana) sino que también es capaz, en primer lugar, de recordar modos no-modernos de conocer y estar en el mundo, en segundo, de aglutinarlos en torno a proyectos concretos de carácter

exploratorio y alternativo, y, en tercero, pudiera contribuir con ello a la extensión de una cultura –no sólo una imagen- diferente de la ciencia.

Sin embargo, recordar, enlazar y ampliar es una tarea no carente de peligros. En ciertos pasajes de la obra que nos ocupa pareciera que el entramado conceptual hilvanado por el autor no es lo suficientemente elaborado como para tamizar el torrente de prácticas y pensamientos generados desde la cibernética. Pickering recurre, quizá de forma excesiva, a dicotomías como revelación/imposición o moderno/no-moderno. Y, sin embargo, aquello hacia donde esas posibles dicotomías apuntan no es un espacio dicotómico, puesto que lo no-moderno no es lo anti-moderno -Latour (1993)-ni queda preso de la lógica binaria o la dialéctica sino que, por usar terminología deleuziana, nos sumerge en espacios donde diversas multiplicidades se organizan y desorganizan en órdenes que podemos denominar “modernos”, “premodernos”, “postmodernos”, “antiguos”, etc. Por eso, la aparente simplicidad de algunos de los esquemas y conceptos empleados quizá no sea un demérito, sino fruto del reconocimiento de la complejidad inagotable de los objetos que se abordan en el libro. Con la anuencia del autor, las practicas y

proyectos cibernéticos aparecen en sus páginas con voz propia, cargados con sus estructuras, identidades y conflictos, a veces indiferentes, en su plenitud, a los esquemas con los que el autor trata de encauzarlos hacia el lector y, a través de éste, hacia el futuro y el pasado.

Por concluir con una vuelta a Heidegger, cabe señalar que *The cybernetic brain* se caracteriza por mostrar y apuntar, por tratar de revelar y recordar una constelación del ser diferente de aquella que nos legó la modernidad. En este sentido, la cibernética no sería una consumación del pasado metafísico y de la técnica presente sino un espacio abierto a otras ontologías que pudieran surgir *por* ellos. Incluso cuando la orientación del apuntar resulta imprecisa, nos hace conscientes de la existencia de un espacio, de una distancia y un horizonte -o una multitud de ellos- siempre que, como advierte el proverbio chino, no quedemos cautivos del dedo que apunta. Esta obra es el índice con el que Pickering ha intentado explorar y apuntar en dirección a otras ontologías, iluminando con ello el perfil de aquéllas en que cada día, inadvertidamente, nos movemos.

ANTONIO CALLEJA LÓPEZ
Universidad de Exeter, UK

MOLINUEVO, J.L.: *Retorno a la imagen. Estética del cine en la modernidad melancólica*, Archipiélagos, Salamanca, 2010. 232 pp.

Este libro integra un conjunto de análisis y reflexiones sobre Cine, Teoría del Cine, Crítica, Estética y Filosofía. En palabras de su autor, trata de “miradas contaminadas, movimientos en falso e identidades borrosas documentadas en imágenes poéticas de la modernidad melancólica”, una descripción que desde el prólogo permite saber a qué se enfrenta el lector. La obra se estructura sobre dos partes diferenciadas. La primera, la introducción, está compuesta por dos capítulos: ‘Retornos a las fuentes contaminadas’, ‘Imágenes con/sin historias. Espacios de tiempos’; y la segunda, por tres: ‘Miradas’, ‘Movimientos en falso’ e ‘Identidades borrosas’; y todos ellos se corresponden con un enfoque ensayístico de planteamientos cinematográficos en los que el autor recapacita sobre la imagen desde y en esta era tecnológica. De un modo asistemático y, en ocasiones, sobresaliente, el lector encontrará imbricados en estas páginas aspectos de psicología social e individual, psicoanalíticos, religiosos, filosóficos, artísticos y, fundamentalmente, cinematográficos. Porque esta obra habla de Cine, todo lo demás que en ella queda recogido, como la Literatura, el

Arte, la Fotografía son aposiciones, una circunstancia que evidencian tanto las imágenes como el lenguaje cinematográfico del texto. Éste, en cualquier caso, potencia la necesidad de re-examinar la imagen como soporte de la expresión del ser humano y, en consecuencia, invita a su contemplación como medio de aproximación a la condición humana. Una tarea siempre compleja y ahora multiplicada por la tecnología.

Las confusas y engañosas apreciaciones de las que trata la obra corresponden a diversos ámbitos -la literatura, la pintura, la filosofía y la fotografía, entre ellos- que han vinculado el cine al concepto de 'tiempo' y olvidado el de 'espacio', frente a los cuales reivindica lo que podría denominarse el 'espacio-imagen'. De ahí que José Luis Molinuevo trate de 'retornar' a las imágenes originarias, a las propias obras, y a sus protagonistas -directores, creadores- para buscar un modo mejor de "interpretación" del cine, de su estética, de su cultura, de su teoría. Pero no se trata de una sistemática hermenéutica. La intención, como subraya su autor, es mostrar las películas más que explicarlas y revelar el papel que las nuevas tecnologías han desempeñado en su evolución e interpretación; fundamentalmente, la que atribuye al cine la pretensión de detener el tiempo atrapándolo en

imágenes. Una atribución con la que el autor no está de acuerdo. Sería más exacto, desde su óptica, decir que "se trata de un tiempo hecho espacio en la imagen" (pág. 12)². El autor aboga, pues, por pasar de una cultura o época donde se oían los diálogos -en clave existencialista- a ver las imágenes y su diálogo. Imágenes que sustentan y son que las expresan los sentimientos, los ritmos, motivo por el que, para él, no haya tristeza en la revisión del cine de la modernidad sino más bien una cierta "alegría" por la metamorfosis vitalista de esas imágenes.

¿Por qué entonces aparece denominado este tiempo como modernidad melancólica? Porque han desaparecido las utopías, porque se alude a la supuesta muerte del cine de entretenimiento, porque se lamenta la sobredosis de imágenes causada por las nuevas tecnologías y su correlativa nueva cultura, porque es consciente de la imposibilidad, a veces, de ser contemporáneos de su tiempo. De la larga lista de factores que se apuntan y que incluso podría ampliarse, la conclusión a la que se llega, sin embargo, es una: El retor-

² Las páginas del texto disponible en Internet no están numeradas, por lo que la numeración aquí apuntada es obra de quien esto escribe. En la correlación de páginas se han incluido únicamente las que tienen texto, es decir, sin contar ninguna página como separación entre apartados o capítulos.

no a las imágenes que propugna el autor es una vuelta a la experiencia estética, y esas imágenes sitúan, pues, este análisis en los límites de una filosofía que “perdió el tren de la imagen”, de una literatura que es ahora “decididamente visual” y de un cine que “rechaza el concepto, evita explicarse y reclama ser percibido en la inmediatez de la emoción y el sentimiento” (pp.12-13).

‘Retorno a la imagen. Estética del cine en la modernidad melancólica’ no es de fácil lectura. No es preciso ser un cinéfilo para leer este texto, pero sí se requiere estar dispuesto a dejarse llevar [por las imágenes], a pensar las imágenes y en imágenes. Obviamente, conocer al menos parte de los aproximadamente dos centenares de películas que cita facilita su comprensión. Los fotogramas que acompañan a la obra, aunque ayudan, no son suficientes para extraer el máximo partido posible del libro de Molinuevo, donde el Arte, la Fotografía y el sonido se conjugan en un ambicioso proyecto. Él mismo admite que se ha editado aun estando a la espera de nuevos soportes digitales que permitan una “experiencia poliéstética” (pág. 14), mientras, en esta obra ‘conviven’, los Cranberries, el ‘Adagio para el concierto de oboe’ de Marcello, Nat King Cole y Vivaldi; Houellebecq, Goethe, Murakami, Rilke y Camus; Paul Klee, Cézanne, Velázquez, Schiller, Frie,

Duchamp, Bacon; Hobbes, Hegel, Schopenhauer, Ortega y Gasset y Kafka.

A esta compleja y, por momentos, brillante lectura, además, contribuyen tanto su contenido, nada menos que una Filosofía y Estética del cine comprimida en apenas 200 páginas, y su forma de exponerlo. Así, se ha elaborado recopilando experiencia y experimentación e imágenes compartidas en su blog ‘pensamiento en imágenes’, y presenta un diseño desentendido en el que las páginas no están numeradas, como tampoco sus epígrafes algo todavía característico de los libros que se editan para su descarga gratuita en Internet.

Estas peculiares premisas no impiden, sin embargo, percibir un hilo argumental a lo largo de las páginas a modo de desconcertante e intrigante “viaje” por esas miradas, “indagando lo que queda (y queda mucho) de esa modernidad melancólica”. Eso sí, el texto, como dice el autor, no es histórico ni tampoco nostálgico, es un ejercicio de comprensión del presente más que una prospección del futuro. En este esquema, el primer apartado se ajusta a la re-visión de esas imágenes a las que pretende retornar y que dan título a la obra. En esta sección, José Luis Molinuevo explica por qué las imágenes de obras cinematográficas y pictóricas que nutren la obra han dejado de ser

complementos para convertirse en el eje del mensaje que se comunica, tanto en el cine como en este propio libro. ‘Fata Morgana’, de Herzog, es, según admite, la cinta que, le permitió hallarse por primera vez conscientemente con la modernidad melancólica y el espejismo de lo trascendental. En las turbinas de un avión, en sus paisajes, descubre las imágenes como ‘fiesta’ de la percepción, con una condición particular: un discurso propio. Estas imágenes son cambiantes y tienen, pues, un camino propio independiente del texto. Son pues, la “única razón de su existencia”. En esta cinta, Molinuevo encuentra una “clara inspiración” en Schopenhauer y una síntesis de melancolía alegre y agri dulce como la que, a su juicio, comprendía la modernidad actual.

El amplio bagaje filosófico y cinematográfico del autor es patente en la línea general de exposición y apreciación de la obra que estudiamos. Es lo que le permite desvelar al antihéroe existencial y sus habilidades en ‘Stalker’, de Tarkovski y una ‘rebelión’ antihegeliana en los directores de cine de tiempo lento, impulsores de un cine esencialmente de sentimientos y no de conceptos. Directores que se niegan a reducir las imágenes a palabras, en cuyas obras el acontecer es la espera misma y donde se reivindica un planteamiento oscilante del tiempo

frente al planteamiento lineal. La clave para entender este planteamiento es la evidente labilidad de los sentimientos, en los que Molinuevo llega a proyectar la manifestación, como el existencialismo con el que se asocia, del malestar de la burguesía.

La conocida trilogía de Antonioni compuesta por ‘La aventura’, ‘La noche’ y ‘El eclipse’ le dan pie para desarrollar en párrafos sucesivos estos pensamientos, que enlaza magistralmente con imágenes sonoras. Así, cita el chirriante sonido ambiente de coches y de obras como un ejemplo gráfico de la oscilación disruptiva de los sentimientos, de las sensaciones. Una comparación o asociación que encuadra hábilmente con el contenido que el autor considera más destacable de esta trilogía, la descompensación entre el hombre moral y el científico y sus repercusiones en los sentimientos. En este marco, el paisaje también se descubre como un elemento decisivo, pues, como bien subraya, el origen de los sentimientos puede ser genérico, cultural o ambiental. La crisis del paisaje, consecuentemente, es la crisis de los personajes.

Llegados a este punto, el autor revela una de las que considera “palabra clave”: Entre –que en ocasiones escribe en mayúsculas-. Desde su punto de vista, el cine no tiene por qué ser una secuencia

narrativa, pero sí es una secuencia sincopada con intersticios. Es donde que se cruzan los tiempos rápidos y lentos, sus correspondientes espacios, un espacio-imagen que resulta muy clarificador con su denominación Entre. De ahí la fascinación por los “seres intermedios”, las figuras extremas del goce y del sufrimiento. Son los semidioses y los dioses del momento, argumenta, la imagen de la naturaleza escindida, no unida. De ellos “se espera que sean otra cosa”, de ahí la “incomodidad” de la indecisión que configura “una particular estética de la transición intransitiva, a diferencia de la mantenida en la experiencia estética moderna” (pág. 33). Una tesis que, en cierto modo, señala a la incapacidad del pensamiento (existencial o filosófico) de alumbrar metas alcanzables.

Esta actitud o percepción vivencial ha de emprender entonces un nuevo camino. La llegada de las nuevas tecnologías obligará a reflexionar sobre el espacio de otro modo –‘El desierto rojo’ de Antonioni es, a su juicio, “la manifestación primaria del lado oscuro de lo sublime tecnológico” (pág. 34)-, como espacio-imagen. En la sociedad moderna los espacios cambian o se destruyen mutuamente y es complicado distinguir lo que se entiende por un espacio real de uno virtual. Los nuevos espacios proyectan también una forma distinta de ser y de estar

en él. “No es el mundo proyectado desde la mirada sino la mirada como reflejo del mundo”, en palabras de Molinuevo. Es decir que se trata de una mirada ‘alienada’, de lo otro, agitada desde fuera. El decidir qué mirar se convierte, por tanto, en una opción esencial y en una de las finalidades de la “modernidad melancólica” en la que lo estético y lo moral muchas veces van de la mano. Un ejemplo de ello es el carácter decisivo que normalmente tiene la mentalidad estética imperante desde la cual se miran las imágenes. El error en la percepción resulta, pues, especialmente relevante. Un tema que se aborda en este libro con el análisis de Tokio Ga’, de Wenders, una estética entre el ser y la nada, entre la pérdida y la sobredosis de imágenes, es decir, la percepción del espacio cotidiano de nuestra civilización, dice su autor citando a Ozu.

La estética del Entre, con resonancias tan diversas como ‘Pierre le fou,’ de Godard; a Ortega y Gasset hablando del espacio y el tiempo retratado por Velázquez; a Heidegger y unos árboles que impiden ver el bosque; y al racionalismo vital de María Zambrano, se desarrolla envuelta en una estética audiovisual donde la imagen sonora y la visual se someten a criterios a la vez universales y limitados por obra y gracia de la globalización. Y lo que el autor destaca precisamente es que

“lo que busca esta modernidad melancólica es la independencia estética como forma de servicio social”. Hay en el fondo la convicción de que la vida no tiene argumento. Una vida en la que las fronteras entre lo natural y lo artificial “se han borrado” a causa, entre otros motivos, del abrumador bombardeo de imágenes.

Estos espacios intermedios, estos a modo de intersticios se describen y analizan en el capítulo ‘Imágenes con/sin historias. Espacios de tiempos’. La película ‘El estado de las cosas’ conduce aquí al autor a recordar la historicidad del Dasein en Heidegger y la razón narrativa de Ortega y Gasset. Su aplicación a la teoría del cine le lleva a concluir que esta cinta da una clave sobre la nueva situación de los dos discursos tradicionales: “El de la narración e historia sería el de la inautenticidad, mientras que el de los intervalos y vacío sería el de la autenticidad. Los planteamientos existenciales se invierten, el de las historias resulta ser ahora el cine de entretenimiento” (pág. 52). De ahí que se abogue por una educación estética en imágenes, que resulta también una educación de los sentimientos o, lo que es lo mismo, una educación de la modernidad estética, con lo que ello conlleva de crítica a la industria cultural del momento, según dice Molinuevo. A todo lo cual habría de

añadirse la consiguiente crítica a la educación y a la enseñanza.

A la vista de esta conclusión, es fácil entender por qué emerge páginas después la necesidad de revisar toda la tradición de teoría cinematográfica que va de Bergson a Deleuze, pasando por Bazin y la tradicional división de las artes, el cine y la música como artes del tiempo.

Como hemos visto, este reajuste del sentido de las imágenes conlleva un reajuste de la experiencia estética y de la vital, sin olvidar el apenas aludido trasfondo artístico. Incluso, de la experiencia social, cuanto menos, en la relación cine y sociedad. A este respecto, el texto recurre a las reflexiones de los directores que se preguntan por qué las imágenes deben tener sentido, significar algo. La vida, la historia que cuentan, sólo está ahí y ellos la muestran, pero no la explican. Y he aquí el quid de la cuestión, pues es la diferencia entre el Cine –al menos el suyo– y por lo menos parte de la Literatura y la Filosofía. El surgimiento de lo sonoro –en las imágenes de tiempo lento, precisa-replantea, pues la estética tradicional y el principio de narración como método audiovisual y lo hace centrándose en esos intervalos sincopados donde circula la vida y están los objetos. Se trata, así, de cine moderno en el intento de ser contemporáneo en el presente y del

inicio de “una verdadera” Teoría Crítica de la imagen.

En esa estética del Entre, José Luis Molinuevo dedica un apartado especial a los denominados ‘Tiempos muertos’, donde se abordan los temas sobre los que no es habitual escribir y las imágenes que no suelen mostrarse. Los personajes que le sirven para apuntalar su tesis son presentados como antihéroes o héroes líricos no épicos y manejanse mal en sociedad. Son las figuras, dice, “del malestar estético, resultado de la crisis del idealismo, de vacío interior, miran en los viajes sin sentido, buscando estímulos que les hagan vibrar”. Son percepciones, vivencias, desarraigadas, interiormente huecas, desvalidas... En palabras del autor, “viajan en busca sensaciones, no sensacionistas, sino que les hagan vivir, viajan esperando algo y siempre huyendo de algo”. Una descripción que evoca un paralelismo curioso, por cierto, con la propia definición que de esta obra da el autor, ese “viaje” de búsqueda –que Molinuevo intenta delimitar incluso diciendo que “En realidad, todo lo que este libro quiere plantear es el dilema que se encierra en una única secuencia. La que Wenders pudo sustraer al corte de Antonioni en ‘Más allá de las nubes’ y que muestra a Mastroianni pintando la montaña Saint Victorie de Cézanne” (pág. 13)-.

De lo expuesto, resalta la relevancia de la Fotografía y el Arte en este apartado. Así, ‘Imágenes en espera’ es una imagen de ‘El final de la violencia’, de Wenders, una cita icónica del cuadro ‘Halcones de la noche’, de Hopper. Un diálogo entre diversos soportes, como cine y pintura, recogido también en el conocido rodaje de un documental de Antonio López pintando un membrillo. El tiempo, indudablemente, es determinante para ambas manifestaciones artísticas en este caso. Imágenes poéticas y meditaciones icónicas dan así paso al tema de la independencia estética y su intención artística. Esta independencia estética, según recuerda el autor, consiste en el intento de hacer visible lo visible, una meta que comparte con la Filosofía y con el creativo y religioso. Para Molinuevo, ese intento conlleva el compromiso con lo real, con la imagen, “intentando ser mejores en sentido ético, pero ayudando a crear un ethos robusto, como es –en esto sí- el de la modernidad melancólica”. No es, pues, un volver a reivindicar al margen de la industria sino de intentar desarrollar en ellas las creaciones propias. Como advierte el autor, se trata de un punto decisivo de la teoría que expone en este libro. Defiende una modernidad “realista, de la vida, de los objetos”. Por eso, el visitar las imágenes pasadas no es para indagar en lo

que representan sino por el interés el de la imagen misma” No es sólo la imagen de los objetos sino la imagen como objeto la que interesa. Es la modernidad de los objetos emancipados de los sujetos” (págs. 100-101). De ahí que Molinuevo proponga un compromiso, pero desvinculando esta palabra de su acepción más difundida, la política y social, sino en cuanto compromiso con la realidad, con el lenguaje. Una postura que recuerda una primera aparición de este catedrático de Estética a las páginas de *Argumentos de Razón Técnica* (nº 10; 2007) con el estudio ‘Hacia un nuevo lenguaje de la ciudadanía’.

Recapitulando, el ‘Intermedio’ de la obra insiste en estas teorías argumentándolas desde el examen de distintos filmes. El regreso a la añorada mirada pura coincide en su exposición con una renovación tecnológica de la que hay numerosos ejemplos en el cine. De ahí que el autor dedique a continuación un epígrafe a relatos detallados de esos que llama ‘Movimientos en falso’. Entre estos relatos destacan ‘Fitzcarraldo’ de Herzog; y ‘En el curso del tiempo’, de Wender. En su análisis, como en el resto de los muchos contenidos en esta obra, Molinuevo mira a los actores y personajes en cuanto tales, no por lo que representan. Se erigen así en las auténticas identidades “borrosas” y cambiantes de las diferentes

películas, hasta el punto de que reclama para ellos una exposición que destaque su protagonismo. Mientras, él les corresponde dedicándoles el último capítulo del libro. ‘El abismo melancólico’, ‘Nosferatu’ e ‘Identidades mutantes’ son tres de las películas que examina bajo este título. La huida, la mutación y la necesidad, el dualismo cuerpo y mente, el cuerpo y el movimiento son algunos de los asuntos que se esbozan en estas páginas y de las que el autor se vale para mostrar que lo intencional se muta, desemboca en lo inintencional, en el movimiento en falso. “Si la modernidad tópica y clásica es la de la intencionalidad de los actos la melancólica lo es de la inintencionalidad de sus consecuencias”. Incluso, según su punto de vista, en la modernidad melancólica de las tecnologías, “el nuevo ser está basado en accidentes. En esa atmósfera de inintencionalidad, las acciones tienen consecuencias, pero no responsables”, afirma en este sentido (pág. 211), lo que le conduce a preguntarse si es posible una Estética sin Ética. Aun considerando la imagen como una identidad –terminal-, lo cierto es que no parece que esto sea posible. Aunque no esté respaldada suficientemente, o al menos tan profundamente como requiere, la enorme carga que estética, ética y filosófica que subyace en esta obra impiden considerar una

Estética sin Ética. No es casualidad que este laborioso texto termine con el examen de 'Identidades neohumanas' y la imagen 'imaginativa' de un libro dejado en la arena, una imagen calificada por José Luis Molinuevo como "bioestética".

Las diferentes representaciones del ser humano y la posibilidad de un transhumanismo potenciado por las ciencias y la tecnología justifican sobradamente el retorno a la imagen originaria. Después de todo lo expuesto, con sus pausas e intersticios, es llamativo que el autor subraye una palabra –Entre- para destacar el ritmo y la interrupción del discurso. La imagen es la materialización con la que los seres humanos tratamos de interiorizar ideas, ese algo abstracto de la razón. Por eso tienen esa fuerza, que muchas veces hasta llega a persuadir minimizando los procesos racionales –muchos son los estudios al respecto elaborados sobre la televisión-. Ésta es la razón también por la que hay que educar la mirada, como plantea este texto, que genera interrogantes tan importantes, diversos y estructurales al mismo tiempo que significa una experiencia estética y verdaderamente multidisciplinar.

REYES GÓMEZ GONZÁLEZ
Universidad de Sevilla

LEONARD, A. (en colaboración con Ariane Conrad): *La historia de las cosas. De cómo nuestra obsesión por las cosas está destruyendo el planeta, nuestras comunidades y nuestra salud. Y una visión del cambio.* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2010, 390 pp.

Una sencilla camiseta de algodón puede no ser un objeto tan inocente como parece. Su precio llega a ser irrisorio: 4,99 € o incluso menos, lo cual no sólo nos exime del sentimiento de culpa por el gasto, sino que nos llena de satisfacción ante la consciencia de haber adquirido una auténtica ganga. Los estantes de las grandes superficies están llenos de ellas: *cosas* cuyo precio de ningún modo puede cubrir el verdadero coste en recursos naturales, diseño –tremendamente complejo en el caso de *gadgets* tecnológicos-, fabricación, transporte transcontinental, embalaje, distribución nacional, publicidad, y un larguísimo etcétera. ¿Cómo es posible que todo esto se nos ofrezca a precio tan irrisorio? La historia, contada desde el punto de vista de un consumidor bien acomodado del primer mundo, parece un cuento de hadas: el mejor de los mundos posibles. Desgraciadamente, habría que adoptar una perspectiva distinta para comprender cómo funciona de verdad el sistema, y hacia dónde nos conduce.

Este cambio de perspectiva es lo que nos propone Annie Leonard en un libro valiente, original, necesario, comprometido e incómodo: ¿y si en vez de seguir contándonos nuestra autocomplacida historia de consumidores echáramos un vistazo a la historia de las *cosas* que consumimos? ¿De dónde proceden los materiales que las componen? ¿Qué implicaciones tiene su extracción para el medio ambiente y para las comunidades que habitan aquellos lejanos países? ¿Qué productos químicos nocivos se han empleado en esa extracción, y qué ingente cantidad de desechos contaminantes ha generado su manufactura? ¿Qué toxinas forman parte aún del producto final, y pasarán a nuestro propio organismo, o a los de nuestros hijos? ¿En qué condiciones han sido producidos estos bienes de consumo? ¿Sería posible que mantuvieran esos mismos precios con condiciones laborales dignas? ¿Cuánta polución ha generado su transporte? ¿Cuánto tiempo hemos empleado en trabajar para conseguirlos? ¿Por cuánto tiempo satisfarán nuestros deseos? ¿Y qué ocurrirá con ellos cuando ya no nos sirvan? ¿Es una verdadera solución el reciclaje, o sólo otro estúpido desperdicio de recursos y energía?

Sí, en lugar de seguir contándonos nuestro propio cuento de hadas, atendiéramos a esta *historia de las cosas*, nos daríamos cuenta de que

el proceso por completo está desquiciado. Leonard, especialista originalmente en el tráfico internacional de basuras, fue siguiendo la pista durante años a nuestros productos de consumo trabajando para Greenpeace, GAIA y otras ONGs medioambientales. El fruto de su estudio lo concentró en un video minimalista, de poco más de veinte minutos, que apareció en Youtube en 2007, y que hoy es mundialmente conocido (ver www.storyofstuff.com). Tan sencillo como brillante, el documental es un verdadero hito en la historia de Internet, con más de doce millones de visitas, traducido a una docena de lenguas, y utilizado en incontables cursos para ilustrar el fracaso de la racionalidad tecnocrática moderna y el modelo occidental de sociedad consumista. Recomendarlo aquí sería quedarse corto: ver este vídeo es todo un imperativo.

El libro, escrito en colaboración con Ariane Conrad, sufre un poco con el cambio de medio -sin que hayamos de acudir por ello al ajado tópico de McLuhan-; aunque el resultado también es excelente, y muy recomendable. Repite la estructura del famoso video, componiéndose de cinco capítulos que recorren el incógnito trayecto de nuestras *cosas* antes y después del breve lapso de tiempo que permanecen en nuestros hogares: extracción, producción, distribución, consumo y desecho. A

lo largo de sus casi cuatrocientas páginas logra mantener la frescura del audiovisual original, reforzando su tesis con datos profusamente documentados. Está escrito en primera persona, con un entretenido estilo *detectivesco*, pues acompañamos a Leonard desde su preocupación inicial por los desechos urbanos y su tráfico ilegal hasta, tirando poco a poco del hilo, averiguar finalmente cómo afecta nuestro modo de vida a la supervivencia del ecosistema planetario. No estamos ante una gran teórica que reflexione sobre el todo desde las altas esferas de la abstracción: Leonard es más bien una intrépida exploradora de a pie que va atando cabos hasta descubrir que, de algún modo, “todo está vinculado”: desde el drama ecológico y el cambio climático hasta el consumismo y la insatisfacción posmoderna, desde la desigualdad social y la crisis económica hasta la salud y el bienestar personal.

Siguiendo el llamado “principio cuáquero del testigo” -la idea de que *ver* el delito con nuestros propios ojos nos coloca ante la responsabilidad moral de comunicarlo a los demás y actuar para evitarlo-, Leonard ha recorrido medio mundo presenciando las implicaciones de nuestros hábitos de consumo. Y el panorama contemplado es desolador: “una pesadilla tóxica de proporciones gigantescas” (p. 270).

Ella misma lo equipara con la famosa escena de la película *Matrix*, en la que Morfeo revela a Neo que el mundo en el que vive es sólo una falaz apariencia, dándole irónicamente la bienvenida “al desierto de lo real”. Lo cierto es que no es para menos, pues nuestro sueño consumista está construido sobre una calamidad ecológica, sanitaria y humana de la que no somos conscientes. Al igual que Morfeo, Annie Leonard regresa de su periplo por los basureros del mundo para describirnos crudamente esa verdad que no vemos: que nuestras *cosas*, aquellas que adquirimos a precios moderados o incluso irrisorios, que parecen dotar de sentido a nuestra existencia por unos instantes, y que luego desechamos con alegría, tienen un altísimo coste -no ya económico, sino humano y ecológico-, que es por completo insostenible. Cada uno de los momentos del proceso es resultado de una racionalidad tecnocrática estrecha de miras, apoyada sobre el cálculo de los costes y el beneficio, dando lugar a un sistema que, visto en su totalidad, es por completo irracional y autodestructivo. Un sistema que se apoya además, esencialmente, sobre la *opacidad*, lo cual hace especialmente valioso al libro de Leonard: el consumidor no ve, ni debe ver, lo que hay detrás del producto; no debe conocer su historia, ni su origen ni su destino. Si fuera realmen-

te consciente de todo esto, no podría contribuir al sistema: de algún modo su deseo de consumo se desinflaría, y habría de buscar la satisfacción personal por otros derroteros. Esa opacidad es lo que combate Leonard con valentía y decisión en este valioso libro.

Mas no está nuestra sociedad capacitada para mantener la indignación por un mismo tema más allá de lo que dura una temporada de moda, y parece que el problema ecológico esté resultando ya cansino. Si encima lo emparentamos con la desigualdad económica del tercer mundo, aunamos dos problemáticas igualmente conocidas, aburridas y tediosas. El carácter crónico de estos problemas nos incita a asumirlos como inevitables, y a tildar por ello de agorero a cualquiera que pretenda anunciar del advenimiento del ocaso de nuestro modo de vida: “el caos climático total”, “el final del juego” (p. 28). De ahí que, a pesar de hacer uso de expresiones tan apocalípticas, Leonard se esfuerce por señalar que no está todo perdido: que este proceso no es inevitable, y que hay vías por las que es posible invertirlo. Como decía Marcuse: no puede ser imposible hacerlo, dado que es necesario. Ahora bien: cualquier posibilidad de cambio efectivo y duradero habría de pasar por una transformación radical de nuestras formas de vida, de nuestra escala de valores, e

incluso de nuestra racionalidad. No se soluciona el problema sólo con “soluciones fragmentarias”, como un sistema de reciclaje de basuras, mejoras puntuales en las condiciones laborales del tercer mundo, leyes específicas que regulen la extracción de materias primas o la aparición de toxinas en productos de consumo: todo ello es necesario, urgente incluso, pero en absoluto suficiente. Es preciso, nos dice Leonard, todo un cambio de paradigma: una transformación paulatina de nuestro modo de ver el mundo y de ubicarnos en él.

Ante el auge económico de ciertas grandes potencias como China o la India, que van entrando progresivamente en el paraíso del consumo, tendemos a pensar -con un optimismo hartado ingenuo- que algún día el desequilibrio internacional tenderá a desaparecer; que de alguna manera el progreso social nos conducirá hacia la universalización del primer mundo; que los hijos de aquellos que hoy explotamos podrán algún día vivir también como nosotros; que aprenderemos a utilizar los recursos naturales de un modo tan eficiente que lleguemos a cerrar el bucle, y prolongar nuestro modo de vida de modo indefinido. El problema es que, sencillamente, las cuentas no salen: si el nivel de consumo del primer mundo se exportara a la totalidad de la población mundial los recursos naturales

del planeta se agotarían irreversiblemente en menos de un año, por muy eficientes que fuéramos en su utilización. Hemos basado nuestro modo de vida en un consumo desahogado, y hemos aprendido a medir el progreso social y económico con índices que no tienen en consideración el impacto nocivo de nuestras prácticas. Los costes “externalizados” de las *cosas* que compramos - su impacto ambiental, su efecto sobre la salud de los productores, o sobre nuestra propia salud, y la ingente cantidad de desechos tóxicos que genera el sistema- no forman parte de nuestros cálculos. Si lo hicieran, ni el más optimista de los analistas podría admitir que es racional seguir por este camino.

Sería fácil acusar a Leonard de catastrofismo, y ella lo sabe. De ahí que intente transmitir en todo momento un espíritu positivo, indicando posibles vías para la esperanza: soluciones factibles que, aun siendo parciales y locales, puedan contribuir a un cambio de rumbo. En este sentido, Leonard apela a medidas ya bien conocidas -como el reciclaje sistemático, el consumo responsable o las políticas medioambientales- pero insiste sobre todo en su insuficiencia. Son sólo paños calientes, pues lo que es imprescindible es que nos impliquemos activamente, como ciudadanos, en la transformación del modelo, y recuperemos con ello el protagonismo

que nos ha sido usurpado por el sistema productivo. *La historia de las cosas* nos invita a dejar de tomar a las *cosas* como el centro de nuestras propias vidas, reordenando éstas en torno a las personas con las que convivimos, y recuperando la fruición del tiempo presente, frente a la obsesión por la eficiencia y el consumo. Un mensaje que, no por bien conocido, deja de ser hoy imprescindible.

JESÚS NAVARRO REYES
Universidad de Sevilla

BARRIENTOS RASTROJO, J.:
Resolución de conflictos desde la Filosofía Aplicada y desde la Mediación. Manual formativo, Universidad Católica Portuguesa – Visión, Lisboa - Madrid, 2011, 327 pp.

José Barrientos Rastrojo, profesor en la Universidad de Sevilla, destaca por su trabajo de difusión y profundización en la Filosofía Aplicada y de promover la idea de los gabinetes de *asesoramiento u orientación filosófica*, que gozan ya de cierta fama en los EE.UU. Tiene en su haber una veintena de títulos, como *Introducción al asesoramiento y la orientación filosófica* (2004, 2005), *Filosofía aplicada a la persona y a grupos* (2008, 2009) e *Idea y proyecto* (2010), constituyen

manuales básicos de estudio de la disciplina. En la misma línea de trabajo encontramos aportes importantes como diversos seminarios, eventos y congresos centrados en la Filosofía Aplicada, entre los que se pueden mencionar la creación y codirección del I y II *Congreso Iberoamericano de Filosofía Aplicada*, con el Prof. José Ordóñez de la Universidad de Sevilla, o *1st International "Sophia" Retreat on Contemplative Philosophy*, con el Prof. Ran Lahav de la Universidad de Haifa. Así, es director de la única revista internacional en Filosofía Aplicada en español, y por lo tanto, un importante difusor de la disciplina en el mundo hispanoparlante.

Ahora presenta *Resolución de conflictos desde la Filosofía Aplicada y desde la Mediación*, un manual de consulta que además de resultar una herramienta útil para los especialistas supone una introducción a ambas disciplinas muy completa. Pese a que tanto la Mediación como la Filosofía Aplicada tienen su carácter propio, con una metodología definida, la inclusión de ambas en un mismo manual poniéndolas en contacto, y no ya comparándolas sino contrastando las propuestas de una con la otra, da un resultado que puede enriquecer a estas disciplinas. Dado que ambas se encargan de la "gestión de los conflictos", a la sazón tema que vertebra este ma-

nual, la puesta en contacto parece pertinente en un libro que pretende dar un utillaje básico.

Ya desde el comienzo se encamina sin demasiados preámbulos al quid, recordando una frase de Ortega: "la vida es problema" (pág. 19), entendiendo problema como cualquier conflicto con el que podamos encontrarnos en nuestra vida diaria. Ahora bien, ¿cómo enfrentarnos al problema? ¿Qué estrategia seguir? Aludiendo a los diferentes "tipos de niños" que podemos encontrar en un patio de colegio (el que se "porta—excesivamente— bien", aburrido y anodino; el "busca-peleas", agresivo y rebelde; el conciliador, apacible y buscado), nos damos cuenta que lo importante no es ya el conflicto en sí, sino la manera en que posicionamos ante él, y cómo lo integramos en nuestra vida. Así, "una gestión adecuada del conflicto no sólo produce heridas, sino que nos va a ir creando como sujetos" (pág. 21), apunta Barrientos en la introducción. A partir de este momento nos encontramos con dos metodologías de trabajo que tanto a nivel personal como con un trabajo con terceros van a buscar esta "gestión adecuada", como es a través de la Mediación y de la Filosofía Aplicada.

Antes que nada debemos estar al tanto del conflicto, qué es el conflicto y cómo reconocerlo. Para ello se dedica un capítulo previo que

profundiza en las distintas definiciones y fases del conflicto. A efectos prácticos, para las disciplinas de las que trata el manual, son dos las caracterizaciones que nos interesan son (1) *Conflictos de ideas y conflictos de creencias* y (2) *Conflictos de posesión* (pág. 33-34), a saber, (1) estaría referido –por ser escuetos– como bien cita Barrientos, a las dimensiones del sujeto, en tanto que “las ideas se tienen y sobre las creencias se está”, más cercano a un litigio interno o intelectual; mientras que (2) nos aproxima más al conflicto por la obtención de un bien. Es muy interesante la importancia que toman los ejemplos prácticos, que exponen “problemas reales”, y que a lo largo de la presentación toman entidad propia al convertirse en la base de la explicación. Por ejemplo, al ver el desarrollo del conflicto, cómo evoluciona, conocemos sus fases a través de historias particulares. Esto muestra la implicación con la vida práctica que toman la Mediación y la Filosofía Aplicada.

El Bloque I del libro está dedicado a la Mediación, disciplina venida desde el mundo anglosajón que en las últimas décadas está tomando importancia. La finalidad de esta es la “resolución de conflictos”, donde un mediador a través de “mecanismos consensuales” pretende que las partes que integran el conflicto lleguen a un acuerdo beneficioso

para ambos en un “proceso no adversarial” (pág. 51). Esto es, buscar una cierta equidad en una confrontación que no implique el esquema “ganar-perder”.

Y como lo que se busca es la “resolución del conflicto”, el método de trabajo que se nos expone va encaminado a abrir las perspectivas dentro de propio conflicto, ya que una negociación fructífera es la que juega con varias opciones. En general, como ya he dicho anteriormente, más que profundizar en el conflicto mismo, lo que Barrientos nos conmina a abordar con mayor interés es a las partes implicadas en el litigio. Así no es raro encontrarnos muy prontamente ya en el capítulo II del primer bloque el análisis de las necesidades y los intereses que no ya se ven envueltas en el conflicto, sino que se generalizan a las necesidades y los intereses del sujeto particular implicado. Eso sí, todo se ve envuelto con un cierto aire de oficialidad y contractualismo cuando anteriormente, al aludir a la forma del proceso mediador, nos encontramos con una serie de fases y formas definidas de “contrato” que testifique que la mediación ha llegado a un acuerdo satisfactorio (cap. I, 2)

Tras esto nos encaminamos, por razón de distintas actuaciones contempladas dentro de la Mediación, al esclarecimiento del conflicto, mostrando cómo llevar el trata-

miento con las partes, la actitud que el mediador debe mostrar y canalizar la de los litigantes, etc. Los capítulos IV y V hacen hincapié en la escucha activa y en otra serie de recursos para que el diálogo y la comprensión del problema vaya en una progresiva clarificación; e incide en un tratamiento correcto de las emociones, y que estas no entorpezcan el desarrollo y más aún, ayuden a canalizar las necesidades de las partes.

El objetivo es la resolución del conflicto, que en la Mediación tiene como base la negociación. Si en el desarrollo del proceso mediador ha habido una correcta comprensión y depuración del conflicto, el objetivo principal se encuentra en negociar un acuerdo que sea beneficioso (o por lo menos, no perjudicial) para los implicados en el conflicto. He ahí la clave de la “gestión *adecuada* del conflicto”: la existencia de una solución no implica que esta sea la mejor, sino que hay que buscar la más equitativa. Resulta en este punto interesante, por ejemplo, el análisis de las distintas implicaciones de la Teoría de Juegos (cap. VII, 4.1).

Si la Mediación busca la resolución del conflicto, la Filosofía Aplicada pretende ir un poco más allá, y atacar la “disolución del conflicto”. En el Bloque II se nos muestran las distintas acometidas que podemos tomar desde la Filosofía Aplicada

para hacer del conflicto algo más que un proceso con miras a ser solucionado. La labor aquí del orientador filosófico es ir a la raíz del problema, y en lugar de dejarlo en un espacio estanco como ítem al que buscarle una respuesta, se pretende comprenderlo de tal manera que deje de ser un problema y se reintegre en la vida común, como una experiencia más que nos hace crecer interiormente.

Así, se intuye ya que el camino que tomará la Filosofía Aplicada en su método de trabajo es distinto al de la Mediación. La gestión adecuada del conflicto pasa de la búsqueda de una solución negociada y satisfactoria a que se el propio implicado en el conflicto (con una ayuda mínima de un tercero) indague en un ejercicio de clarificación y comprensión de la propia existencia.

Las herramientas de las que hace uso son las que se encuentra el filósofo en su trabajo diario (cap. I, 3): desde la lógica a la propia Historia de la Filosofía. Especial interés tiene la aplicación del *Critical Thinking*, al que se dedica el capítulo II del Bloque II, que viene a ser activar el pensamiento crítico (haciendo uso de la Teoría de la Argumentación), para dirimir en problemas comunes que pueden relacionarse simplemente con un mal entendimiento de lo expuesto.

De esta manera, las tácticas posibles se ven diversificadas, y con el

objetivo de provocar la reflexión sobre el conflicto llevamos al consultante más allá del conflicto, otorgándoles distintas estrategias que propicien a la “reubicación existencial”, y así ver la disolución del conflicto. Contamos entre estas estrategias con el Pensamiento Creativo (cap. III); con distintas dinámicas flexibilizar la capacidad de percepción (cap. IV); o diversos métodos de toma de decisiones, como el que nos llega desde el pragmatismo de W. James (cap. V). El método de trabajo de la Filosofía Aplicada resulta llegado a este punto un haz de opciones bastante amplio que permite al orientador elegir el camino que resulta más cómodo según el problema que se le presente. Personalmente, veo en esta característica algo positivo frente a la metodología definida de la Mediación, si bien este rasgo de la Mediación la hace frente algunos problemas bastante más práctica. La aplicación de cada disciplina vendría definida por la situación en la que tenga que ser adecuadamente empleada.

La Mediación y la Filosofía Aplicada tienen un hueco en la sociedad actual que cada vez se van ganando con más medallas, y este manual da fe de ello. En unas disciplinas que cada vez más piden material formativo, un libro de estas características se recibe como agua de Mayo. La gran multitud de ejemplos, cuadros

resumen al final de cada capítulo, casos prácticos, y ejercicios para que el mismo lector haga el “trabajo” del consultor o del consultante hacen de *Resolución de conflictos desde la Filosofía Aplicada y desde la Mediación* un libro de uso común. Y pese a este carácter, su lenguaje cercano y lectura amena lo hacen válido para la simple lectura informativa.

Y ya sería de buena gana que comenzaran a aparecer en esta segunda década de este tercer milenio gabinetes de orientación filosófica como ya existen de mediación, porque la mayoría de los problemas de la sociedad en sus particulares y en general tienen una sencilla solución con tan poco como la reflexión. Y si bien hay muchísima gente con problemas, también hay muchísimos otros, como atestigua este libro, que están dispuestos a ayudar.

MIGUEL VARO ORTEGA
Universidad de Sevilla